

Metodología cualitativa frente al positivismo y el extractivismo académico en el estudio de las violencias

Alejandro Buenrostro García. Egresado de la Maestría en Análisis Político. Universidad de Guanajuato, campus Guanajuato.

Resumen

El texto plantea una crítica a las formas tradicionales de investigar las violencias y las crisis humanitarias desde las ciencias sociales. Sostiene que el énfasis en datos, indicadores y productividad académica puede invisibilizar el sufrimiento de las víctimas y reproducir lógicas extractivistas. Frente a ello, defiende la metodología cualitativa como un compromiso ético antes que un requisito metodológico, al privilegiar el acompañamiento, la escucha y la cercanía con quienes viven la violencia. Retoma las reflexiones de Jorge Verástegui y el ejemplo del “geoactivismo” de Erick Arellana para mostrar que la investigación puede contribuir a la memoria, la justicia y la búsqueda de personas desaparecidas sin lucrar con el dolor. Concluye que investigar implica trabajar desde las necesidades de las víctimas, reivindicando una ciencia social comprometida con la transformación y la dignidad humana, más que con el prestigio académico.

Palabras clave: Acompañamiento a víctimas, Violencias, Ética de la investigación, Metodología cualitativa.

Abstract

The text critically examines traditional approaches to researching violence and humanitarian crises within the social sciences. It argues that an excessive emphasis on data, indicators, and academic productivity can obscure the suffering of victims and reproduce extractivist practices. In contrast, it advocates for qualitative methodology as an ethical commitment rather than merely a methodological requirement, emphasizing accompaniment, listening, and close engagement with those who experience violence. Drawing on the reflections of Jorge Verástegui and Erick Arellana’s example of “geoactivism,” the text illustrates how research can contribute to memory, justice, and the search for disappeared persons without exploiting victims’ pain. It concludes that social research should be guided by the needs of victims, promoting a socially committed scholarship oriented toward transformation, justice, and human dignity rather than academic prestige.

Keywords: Victim accompaniment, Violence, Research ethics, Qualitative methodology.

Este texto deriva de una conferencia por el mismo autor, titulada “Historia, conceptos, lógicas de la desaparición y la búsqueda de personas en México” impartida en el Colegio de San Luis.

En la actualidad vivimos en un cúmulo de crisis humanitarias y graves violaciones a los derechos humanos: hambre, sed, feminicidios, desapariciones, entre otras. No toda la población forma parte de estas lógicas; son ciertos sectores poblacionales quienes afrontan dicha realidad en su cotidianidad. Cuerpos que no merecen ser llorados; cuerpos sin duelo; personas desechables; víctimas. Algunos espacios de las ciencias sociales se refugian ahí. El propio hecho de no poder afirmar a las ciencias sociales como un “macro universo”, provoca o insinúa la formación de resistencias dentro de sus dinámicas verticales. Marcos epistemológicos, teóricos y metodológicos que le hacen frente a visiones eurocéntricas, patriarcales y hegemónicas. Más que procesos electorales, políticos o civiles, su propósito es estudiar las diferentes afectaciones producidas por dichos sistemas. Su complejidad amerita una revisión ardua e integral. No hablo de rigor científico, considero que esa discusión ya ha sido superada. Pienso, en gran medida, en el compromiso y las implicaciones ético-metodológicas que tenemos como cientistas sociales. No se habla de violencia sin acercarse a la realidad de las víctimas. La normatividad universitaria suele ser ajena e indiferente a esto último. Se ha priorizado la producción académica sobre temas con una alta sensibilidad humana, pero la propia investigación carece de ella. Cuando prevalece lo exacto sobre lo humano, aparecen las cifras del dolor, los datos del sufrimiento y las variables e indicadores de lo incuantificable. ¿Cómo se mide el dolor de una madre buscadora? ¿Qué gráficas representan las obstaculizaciones que enfrentan las mujeres que viven violencia intrafamiliar? ¿Por qué tiene mayor impacto decir que hay 135 mil personas desaparecidas? ¿Por qué no basta con pensar en el horror y la desesperación de un padre que busca a su hijo? Estas premisas, únicamente, han reproducido *formas* positivistas en la investigación social.

Tales metodologías y la era de la datificación han favorecido el control de las narrativas por parte de los gobiernos locales, reduciendo el impacto social y mediático de los problemas colectivos: “Los homicidios dolosos bajaron un 30%”: “las personas con consumo problemático de drogas en Guanajuato disminuyeron un 20%”; “se encontraron 200 personas desaparecidas: 190 con vida y 10 sin vida”.

Hay espacios de la academia que parecen invisibles a simple vista. Existen diversas formas de nombrarlos. Yo podría calificarlos como extractivistas. Esto ocurre cuando los proyectos académicos se sitúan fuera del plano social y las aspiraciones individuales rebasan las colectivas. Cuando el activismo se convierte en un obstáculo más dentro de una agenda repleta de compromisos particulares que eventualmente se traducirán en ganancias simbólicas o materiales. En otras palabras, son espacios lejanos a las necesidades que las víctimas gritan y exigen a través de sus repertorios de protesta.

El académico y activista, Jorge Verástegui, hermano de Antonio Verástegui González y tío de Antonio de Jesús Verástegui Escobedo, que fueron desaparecidos en Parras, Coahuila, el 24 de enero de 2009, en una mesa de diálogo realizada en el Instituto Mora en este 2026, mencionaba la importancia de construir metodologías que mantuvieran una cercanía profunda con las víctimas y que no lucran con su dolor. Para ello, citó instituciones con “prestigio” que han abusado de ello durante décadas. La gran diferencia entre la academia y las familias de personas desaparecidas, decía Jorge, es que nosotros no tenemos la incer-

tidumbre de desconocer el paradero de un ser querido. No sufrimos ni sobrevivimos como ellos; ellos sí.

Ahí radica la importancia de la metodología cualitativa. No es un requisito académico, es un compromiso social. Como egresado de una universidad pública y actualmente estudiante de una, considero que es lo mínimo que puedo retribuir. No soy una víctima, más bien, un acompañante solidario que tiene claridad sobre las implicaciones ético-metodológicas que conlleva investigar las violencias. Para enfatizar este punto, la conexión entre activismo, acompañamiento e investigación social debería estar presente siempre que se trabaja con el dolor ajeno. Conozco pocas excepciones en las que se han utilizado métodos cuantitativos que, por su propia naturaleza y finalidad, presentan sesgos positivistas. Por ejemplo, el poeta Erick Arellana, refugiado político en México, ha trabajado para reivindicar la memoria de su madre, desaparecida durante las dictaduras del Cono Sur. Su forma de hacerlo ha sido a través de cartografías que han ayudado a localizar y documentar casos de personas detenidas-desaparecidas en Colombia. A esta propuesta la denominó “geoactivismo”.

Ahí yace la principal diferencia. La investigación social no debería asumir qué necesitan las víctimas, tendría que preguntarles y trabajar para ellas. Las cartografías, los mapeos y otros métodos han sido fundamentales para abordar fenómenos como la desaparición forzada, los feminicidios, las fosas clandestinas y la construcción de memoria. Estos proyectos trascienden porque mantienen una cercanía que rebasa los marcos tradicionales de la metodología cuantitativa y positivista. Las regresiones lineales pueden identificar patrones, difícilmente pueden acompañar el dolor.

La metodología cualitativa, por sus procesos orgánicos de acompañamiento, no tiene que buscar maneras de relacionarse con las víctimas, ya que esa relación forma parte esencial de su procedimiento. Pensando en ello, lo cualitativo no es únicamente una forma de hacer una investigación, una tesis o un artículo, es una forma de comprender la realidad desde los sectores vulnerables y no desde las posiciones hegemónicas. Es reivindicar el posicionamiento político de la comunidad trans, de las madres buscadoras, de las niñas, de las personas desaparecidas, de las personas pobres, de los obreros y de muchas otras colectividades. Es asumir que el capitalismo, el imperialismo y el extractivismo académico solo cambian de arena y de producto.

Ileana Diéguez mencionó en un coloquio de El Colegio de México sobre metodologías para el estudio de las violencias que ella no trabaja para las universidades. Trabaja para las víctimas.

Mi enfoque radica ahí: en el aprecio y la comprensión, y no en el prestigio y el reconocimiento.